

Para una Historia de las Mentalidades en la Globalización

Edgar Samuel Morales Sales

Universidad Autónoma del Estado de México
México

El mundo de finales del siglo XX tiene un nuevo *Orden* que sustituyó al creado por los resultados de la Segunda Guerra Mundial, que dividía a las naciones del orbe en tres grupos básicos: por un lado el de las naciones que desde siglos atrás practicaron la economía de mercado, el colonialismo y el esclavismo, económica y militarmente poderosas; por otro, el de las naciones de economía planificada, con una aparente distribución equitativa de la riqueza, pero las más de las veces con regímenes autoritarios, y también con gran poder militar; y por uno más, el de las naciones del llamado *Tercer Mundo*, con economías débiles, injusta distribución social de la riqueza, padeciendo regímenes dictatoriales ya sea de individuos o de partidos y dependientes de metrópolis determinadas. No han faltado quienes sugirieron la existencia de un *Cuarto* y hasta de un *Quinto* mundos, en los que se incluía a las naciones cuyas poblaciones presentan graves problemas de pobreza extrema o de miseria lacerante, con regímenes de inestabilidad permanente y carencia de recursos de todo tipo.

Desde esta perspectiva, la división fundamental del mundo estaba dada por la línea que separaba a los países socialistas de los países capitalistas, y que se complementaba con la existencia de sus respectivos Bloques Militares, los cuales mantenían pugnas soterradas, o lo que, empleando un eufemismo, es designado como *Guerra Fría*, que desde luego no impidió que durante su vigencia se desarrollaran conflictos bélicos de dimensiones y gravedad considerables, como la guerra impuesta por los Estados Unidos a Viet-Nam y los conflictos armados entre la antigua Unión Soviética y Afganistán.

El nuevo orden mundial en desarrollo, está caracterizado fundamentalmente por la consolidación de la *globalización* o *mundialización* de la Economía que, como todo mundo lo sabe, en los hechos de la vida diaria se traduce principalmente en la expansión de las empresas denominadas *transnacionales* o *multinacionales*, con gran capacidad de producción, de distribución y de incursión en los

mercados emergentes, por todos los confines del mundo. Tras la desaparición paulatina de los sistemas económicos, políticos y sociales que decían optar por la planificación y control de la economía por parte de los gobiernos nacionales, muchos autores proclamaron el fin de la Historia y la adopción mundial del sistema de economía de libre mercado.

Se trata, evidentemente, de una visión esquematizante, que no toma en cuenta las discontinuidades de todo género que subsisten al interior de muchos países, los más poderosos económicamente hablando, incluidos, y menos todavía las peculiaridades del mundo islámico, del que no se puede decir que tenga homogeneidad absoluta ni una ciega orientación hacia lo que constituye el modo de vida occidental, como tampoco se puede pensar en que las economías de los países que lo constituyen operen bajo los mismos principios de las economías de libre mercado de los países occidentales, pues poseen, sin duda, características sui-generis.

En el caso de nuestro continente se viven hechos igualmente particulares y tenemos que aceptar que los efectos de la globalización apenas tocan a sectores sociales muy limitados que se ubican preferentemente en nuestras zonas urbanas, muestran menor intensidad en las zonas suburbanas, todavía menos en nuestras capitales provinciales, enmarcadas en la dimensión y formas de vida propias de las *aldeas extendidas*, y desde luego hacen crisis en nuestras zonas rurales, en donde las ventajas de la mundialización son prácticamente invisibles o por lo menos poco significativas.

Aunque algunos autores señalan que el mundo de finales el siglo XX se ha convertido en una *aldea global* en la que, supuestamente, las diferencias culturales tienden a esfumarse, esto no significa que las formas de las culturas vernáculas hayan realmente desaparecido ni que estemos ante un proceso concluido de una vez y para siempre, en el que no nos quedaría otra opción que adaptarnos a las formas de vida diseñadas por los países en donde se han originado y desarrollado inicialmente las empresas arriba citadas.

No se puede dudar que en todos estos fenómenos cuenta de manera especial la revolución que se ha producido en los medios de comunicación, especialmente en el de aviación comercial y en los de la electrónica, que ayuda a reforzar la idea de que las fronteras y las distancias parecen esfumarse, pero bien que expresadas esta últimas en

líneas imaginarias y en cifras abstractas, la realidad es que en ambos casos nos enfrentamos a hechos concretos, nada fáciles de evitar ni de dejar de tomar en consideración,

Pero, globalización económica y apertura de mercados no han podido evitar la reaparición de viejos debates. En muchos de nuestros países, en nuestros días, ha vuelto a aparecer el conflicto que enfrenta a quienes se muestran partidarios de la apertura de las economías nacionales a todo tipo de intercambio y de inversión, sin que interese de donde provienen, entre cuyos efectos figuraría la adopción de las formas de pensamiento neoliberal, gestado principalmente en los países *occidentales*, por una parte; y por la otra a quienes sustentan las ideas de inspiración nacionalista, entre las que destacan la protección de los sistemas productivos nacionales, de los recursos estratégicos de un país, su control férreo y decidido por parte del gobierno respectivo, y el mantenimiento de subsidios y asistencia oficial para satisfacer necesidades sociales.

En el campo de los hechos culturales la oposición: apertura y adopción de modos de vida de los países *desarrollados*, por un lado; y defensa de las formas de vida nacionales, por el otro, tiene también una trascendencia relevante, aunque la mayoría de las veces los partidarios de una u otra posición no posean gran información o no pertenezcan a los medios intelectuales, en tanto que simplemente *viven* los acontecimientos en que se traducen las dos tendencias, casi siempre de manera inconsciente, sin teorizarlos, sin pensar muy detenidamente sobre sus fundamentos y justificaciones, sino siguiéndolos más bien por imitación, concibiéndolos como modas que deben adoptarse para “estar al día”, en el caso de quienes se sienten atraídos por los hechos culturales provenientes de los países calificados de *desarrollados*, o, en el caso de quienes se inclinan por las formas culturales vernáculas, por tradición, por costumbre o por inercia, bajo las ideas de que “así debe ser”, de que “eso es lo normal”. De esta forma se gesta una nueva oposición entre partidarios de los cambios sociales y partidarios de la tradicionalidad social, que la mayoría de las veces enfrenta a pobladores de zonas urbanas versus pobladores de zonas rurales.

Es muy claro que los grupos sociales proclives a la adopción de formas de vida, de pensamiento y de acción de origen extranjero son, salvo raras excepciones, grupos económicamente más desahogados y quienes están conectados con el mundo de los negocios. En cambio los partidarios de las formas de vida, de pensamiento y de

acción de corte nacionalista, son, igualmente con excepciones notables, los grupos sociales menos favorecidos desde el punto de vista social y económico, y los grupos de intelectuales.

Caso especial en este debate lo constituyen los organismos e instancias oficiales dedicados institucionalmente a la gestión cultural, esto es, los organismos gubernamentales dedicados a la promoción de las manifestaciones culturales y artísticas, al desarrollo de lo que en términos generales se denomina la cultura o las culturas nacionales o al apoyo a los creadores artísticos. Me refiero concretamente a los Institutos y Consejos Nacionales de Cultura, a las dependencias de los Ministerios o Secretarías de Educación que tienen la comisión de realizar actividades culturales, y hasta a las escuelas de instrucción básica, media, normalista, universidades e instituciones de educación superior que procuran desarrollar acciones de difusión cultural en las que, en la mayoría de las veces, se enfatizan las producciones de las culturas nacionales.

Ahora bien, en la vida práctica, en los acontecimientos cotidianos, los fenómenos de la globalización están haciendo que nuestras ciudades importantes se asemejen de manera importante. Es una tendencia que admite comprobación el hecho de que en muchos países latinoamericanos aparezcan cada vez más centros comerciales suburbanos o urbanos diseñados según los patrones de planificación urbana y de consumo norteamericanos, fundamentalmente. Dentro de ellos se encuentran almacenes departamentales, comercios que pertenecen a cadenas internacionales, tiendas de ropa con marcas industriales muy determinadas y expendios de “fast food” a la usanza de los Estados Unidos. Los centros de diversión, por su parte, *deben* parecerse a los que existen en dicho país, si se quiere tener éxito comercial, y en las discotecas *deben* presentarse lo más reciente de la producción discográfica de los grupos musicales de moda extranjeros so pena de no captar suficiente público consumidor.

Es muy evidente que a veces estas imitaciones se quedan en auténticas caricaturas y resaltan como lunares pintorescos en medio de zonas urbanas o suburbanas sin pavimentos, sin drenaje, sin infraestructura urbana adecuada o que se termina apenas sale uno del lugar en donde han sido construidos. Otras ocasiones, con excepciones raras, centros de diversión y discotecas cuentan con un público joven que escucha el éxito musical del momento y es capaz de aprender su letra y sus significados, aunque la experiencia muestra que la mayoría de ese público logra repetirlo mecánicamente,

pero se muestra incapaz de comprenderlo en sus significados reales. A imitación de los grupos musicales norteamericanos de música popular, nuestros grupos juveniles repiten –la más de las veces sin una pizca de creatividad propia– tonadas, instrumentalización musical, indumentarias, conductas y actitudes que se producen allende nuestras fronteras y todo esto logra una impresión, efectivamente, de estar viviendo un continuum de hechos culturales, en el que solo cambian los acentos y los tonos de piel o de cabello de los ejecutantes artísticos de todo género y de sus públicos, pero como si fueran simplemente variantes de un mismo fenómeno.

En los grupos sociales proclives a este género de realizaciones, se expresa con orgullo el hecho de contar con centros comerciales como los descritos, a los que se asiste los fines de semana, a la usanza norteamericana y se cumple el papel de fiel consumidor, permaneciendo en él durante horas y horas o pasando de un *Mall* a otro mientras que museos y centros culturales reciben un público numéricamente menor. La proliferación de ese tipo de centros comerciales provoca la impresión de no tener movilidad; revela que, al recorrerlos, uno encuentra siempre los mismos almacenes, las mismas construcciones, los mismos productos, las mismas marcas de ropa, el mismo tipo de personal, el mismo tipo de estacionamiento o aparcadero, las mismas prácticas en los servicios que allí se prestan y frecuentemente hasta el mismo tipo de clientela.

Naturalmente, esto no es nada nuevo. Como los primeros cronistas españoles lo consignaron en sus obras (Israel, 1980:42 y 55), muchos indígenas americanos pertenecientes a la nobleza de los pueblos conquistados aceptaron de buen grado a los nuevos dominadores y adoptaron rápidamente de manera voluntaria nombres españoles, pero también hábitos alimenticios, costumbres, vestimenta española y portuguesa de la época e incluso acostumbraban pedir autorizaciones a las autoridades coloniales para montar a caballo, usar espuelas y en general para tener los mismos privilegios de que disfrutaban los conquistadores, para evitar que se les confundiera con los indígenas “comunes”. En cambio, en muchos pueblos autóctonos que practicaban formas de vida comunitaria y nómada, con pocas diferencias entre ellos establecidas a partir de la acumulación de dinero o de bienes, como los Mapuches de Chile y de Argentina, los rechazos y las guerras contra los europeos continuaron durante siglos y todavía se expresan en contra de sus descendientes mestizados o no (Coña, 1995:289-327).

En nuestros días, las diferencias entre los grupos proclives al extranjerismo y los partidarios de las formas de vida nacionales alcanzan matices particulares, especialmente si tomamos en cuenta que en ellas influyen poderosamente los medios de comunicación masiva, pero también los controles de los grupos sociales hegemónicos en el poder, que encuentran en este debate un elemento destacado para afianzar su control y dominio sobre los capitales simbólicos, sobre factores clave, como la identidad nacional y la articulación de las ideologías aceptables para ellos (Foster, 1974:33-49). En mi país, los grupos sociales que lograron hacerse del poder público luego de las guerras de independencia, para ser ejercido en un vasto territorio fraccionado y diverso y para justificar que ellos eran los salvadores nacionales, han gustado de emplear la palabra híbrida *malinchismo*, para descalificar la inclinación y admiración de los nacionales hacia las culturas extranjeras, que tiene una carga ideológica sumamente compleja. El término está construido sobre la palabra nahuatl “Malintzin”, nombre de una planta del altiplano mexicano, que llevaba una mujer de habla nahuatl pero que no pertenecía a la etnia azteca y que había sido regalada por un cacique de habla maya de la zona del Golfo de México al Conquistador Hernán Cortés, y quien habría de servirle como traductora en los acontecimientos de la conquista de México-Tenochtitlan. Malintzin no era propiamente mexicana; por el contrario, su pueblo era enemigo de los mexicanos y por lo tanto es erróneo considerarla traidora al pueblo azteca.

En todo caso, me parece necesario insistir en el hecho de que antes de la mundialización de la economía en estos últimos años del siglo XX los pueblos del mundo, desde el siglo XVI, ya habían comenzado a vivir otras formas de mundialización: en principio la que derivó de la conquista de los pueblos por comodidad llamados *autóctonos* de América, y tiempo más tarde de la dominación de los pueblos asiáticos que al lado de las experiencias –amargas, sin duda- de la práctica de la esclavitud africana acercó y mezcló a grupos humanos que se desconocían entre sí, la mayor parte de las veces, hibridó las principales culturas continentales y creó nuevos tipos “raciales”. En seguida, la proveniente de la expansión y dominio de las formas culturales de los países de Europa occidental, pero que además propició el intercambio mundial de productos agropecuarios, de recursos mineros, de mercancías y productos hasta entonces de circulación regional, y hasta de procesos y conocimientos culinarios que transformaron las vidas de enormes contingentes humanos.

Salvo en el caso de grupos sociales que optaron por refugiarse en zonas geográficas intrincadas o poco accesibles y que todavía hasta nuestros días se mantienen poco influenciados por las formas culturales *occidentales*, las mundializaciones a que me he referido tuvieron un efecto inevitable e innegable: profundizaron los procesos de aculturación, de contacto entre los pueblos diversos, pero también los de disminución, contaminación y a veces pérdida de *autenticidad cultural*.

A esta altura de la exposición, sin embargo, me parece necesario formular una precisión: frecuentemente - y de manera particular para el caso de las antiguas culturas indígenas de América- se nos hace creer que esos pueblos vivían en una especie de aislamiento regional y que habrían desarrollado sus culturas de manera casi impoluta, con pocas o nulas relaciones con otros grupos humanos vecinos en el espacio o en el tiempo, lo cual constituye, evidentemente, un error de apreciación. En realidad, los pueblos indígenas americanos que los primeros conquistadores conocieron, constituían síntesis históricas de pueblos anteriores a ellos, poseedores de rasgos culturales que ya desde siglos y siglos atrás habían iniciado las grandes civilizaciones del pasado, las culturas que alcanzaron dominación comarcana, en una primera etapa, regional, posteriormente, y más tarde sobre muchas regiones hasta constituirse en lo que hoy denominamos culturas nacionales, lo cual no significa que las culturas dominadas hayan dejado de existir.

Aunque la noción de *raza* llevó en el pasado a múltiples equívocos, no podría dejar de recordar que José Vasconcelos señalaba atinadamente, hacia la primera mitad del siglo que está por concluir en su trabajo clásico sobre lo que denominaba la raza cósmica, esto es: los latinoamericanos contemporáneos, que reunimos en nuestros seres y en nuestras culturas a prácticamente todos los grupos étnicos del mundo y a muchas de sus principales culturas, que:

...Ninguna raza contemporánea puede presentarse por sí sola como un modelo acabado que todas las demás habrán de imitar...Ni en la antigüedad, ni en el presente, se ha dado jamás el caso de una raza que se baste a sí misma para forjar una civilización, Las épocas más ilustres de la Humanidad han sido, precisamente, aquellas en que varios pueblos disímiles se ponen en contacto y se mezclan. La India, Grecia, Alejandría, Roma, o son sino ejemplos de que sólo una universalidad geográfica y étnica es

capaz de dar frutos de civilización...(Vasconcelos,1982:423)

Algo semejante ocurre en nuestros días con nuestras culturas contemporáneas: en la realidad de nuestros hechos históricos, como lo han demostrado convincentemente un gran número de autores, de los cuales sólo citaré a algunos de ellos, como Barnett, Beals, Foster, Malinowski, Lévi-Strauss, Gramsci, Cirese, etc., las culturas nacionales no son sino las culturas hegemónicas en un lugar y en un tiempo determinados, con las que de manera forzada o de buen grado tienden a asimilarse, a identificarse los grupos humanos que por condiciones y situaciones de naturaleza diversa se constituyen en culturas dominadas o subalternas. Pero insisto en que esto no significa que una vez dominado un conjunto de culturales vernáculas todo termine para ellas. Existen muchos casos históricos en los que se han producido sustituciones de la cultura dominante por las que se van gestando en el curso de los siglos. Nuevamente recordaré que las historias de nuestras naciones son pruebas de este hecho.

Por otra parte, no habría que perder de vista que la mayoría de las veces las culturas dominantes incorporan rasgos que se juzgan destacados de las culturas dominadas y que entre ellas existen vasos comunicantes mediante los cuales se transfieren mutua y recíprocamente influencias, productos, hábitos, valores, etc., y esto complica aun más el problema de la autenticidad cultural. Se sabe que desde la más remota antigüedad de todos los pueblos del mundo este tipo de procesos ha tenido lugar y todo indica que mientras dure la humanidad continuarán existiendo.

Esto nos revela que los pueblos de algunas regiones del mundo, como en el caso de nuestras naciones latinoamericanas somos extraordinariamente parecidos y sin embargo, pese a ser pueblos e individuos muy cercanos histórica y étnicamente hablando, somos distintos, no sólo físicamente, sino particularmente desde el punto de vista cultural. Los latinoamericanos compartimos infinidad de rasgos étnicos, históricos, culturales, sociales, conductuales, etc., pero nos separan igualmente muchas características particulares. Los pueblos europeos dominados y sojuzgados por la cultura latina en el pasado, y los latinoamericanos dominados y sojuzgados por los descendientes de los primeros, compartimos en general muchas características, particularmente en lo que toca a lenguas y formas de pensamiento, pero al propio tiempo nuestras diferencias son muchas y frecuentemente son muy evidentes.

De manera significativa, las formas de pensamiento de los pueblos latinoamericanos han sido influenciadas por las formas de pensamiento de los pueblos europeos no latinos. Durante mucho tiempo nuestros sistemas educativos y pedagógicos se organizaron conforme a las propuestas del pedagogo inglés Lancaster. Nuestros positivistas no fueron los autores de las teorías correlativas, sino adoptantes – y si se acepta, a veces innovadores- del pensamiento de Auguste Comte. Nuestros próceres independentistas: Bolívar, San Martín, O’Higgins, Hidalgo o Sucre tuvieron planteamientos sumamente originales y personales, pero en la realidad los apoyaban en el pensamiento de Jean Jacques Rousseau, de Hobbes, o de John Locke, aunque también en las propuestas de los norteamericanos Hamilton, Jay y Madison.

Y esto es un hecho que acontecía no sólo a nivel de nuestros pensadores y próceres independentistas, sino también en los espacios sociales más o menos instruidos. En toda América Latina el pensamiento de los clásicos romanos expresado en latín recibía especial atención en los medios escolares y quien se preciara de contar con una instrucción importante debía conocer aforismos y frases latinas con las que pudiera impresionar a su círculo social próximo. El escritor novohispano Joaquín Fernández de Lizardi escribió en su obra : **El Periquillo Sarniento** -un relato autobiográfico- que estando en Asia, conversando con un chino ante el que se hacía pasar como Conde:

...me acuerdo de haber leído en Plauto que hablando de lo inútiles o a lo menos de lo poco respetadas que son las leyes en una tierra donde reina la relajación de costumbres, dice...*Eae miserae etiam Ad parientem sunt fixae clavis ferris, ubi Malos mores adfigi nimis fuerat aequius*. Arrugó el chino las cejas al escucharme y me dijo: -Conde, yo entiendo mal el español y peor el inglés, pero en esa lengua en que me acabais de hablar la entiendo menos...- ¡Oh amigo! –le dije-; esa es la lengua o el idioma de los sabios. Es el latino, y quiere decir... “que son infelices las leyes en estar fijadas en las paredes con clavos de hierro, cuando fuera justo que estuvieran clavadas allí las malas costumbres”...-¿Conque eso quiere decir lo que me dijiste en latín?...¿Pues si lo sabes y lo puedes explicar en tu idioma, para qué hablas en una lengua que no entiendo?...le contesté: ¿Cómo sabrías que yo entendía latín, y que tenía buena memoria, pues te citaba las

mismas palabras de Plauto, manifestando al mismo tiempo un rasgo de mi florida erudición? Si hay algún modo de pasar a plaza de sabios en nuestras tierras es disparando latinajos de cuando en cuando...(1961,36)

Durante el siglo pasado la influencia de las culturas francesa e italiana sobre nuestros países fue muy importante y de ahí que en muchas de nuestras ciudades se hubieran realizado obras arquitectónicas sorprendentemente parecidas, que a veces copiaban sin modificación alguna los estilos arquitectónicos en boga en París o en Roma, aunque otras veces también se crearan aproximaciones, caricaturas de edificaciones, parques y avenidas parisinas o romanas.

En las clases sociales pudientes de finales del siglo pasado y principios del presente, la moda en el vestido tenía que venir o imitarse de la moda en el vestido de Francia y de Italia. No de cualquier ciudad francesa o italiana, ni menos de sus habitantes de condición modesta, naturalmente; no de cualquier grupo social, como los Bretones o los Sicilianos, sino, nuevamente, de los grupos sociales distinguidos de París y de Roma. O de Londres, y en casos menos frecuentes, de Madrid o de Milán.

Elegancia en el vestido, en el mobiliario, en las construcciones, en los modales, era simplemente imitar los estilos franceses, pero que además debían complementarse con el aprendizaje del francés o al menos de una serie de frases y expresiones que demostraran su alejamiento de los gustos vernáculos, aunque en la vida cotidiana y fuera de los círculos sociales se continuara usando de manera inevitable el español o el portugués y la dieta alimentaria estuviera enmarcada en los hábitos vernáculos.

Todo esto revela que la actitud de los grupos sociales favorables a las formas de acción y de pensamiento ajenos ni son originales ni son nuevos. Se trata más bien de una actitud cíclica que ha estado presente desde siempre en todos los grupos humanos cuando entran en contacto con culturas en las que sus productos tecnológicos son más sofisticados, o sus gustos son más elaborados y refinados, y así seguirá manifestándose frente a toda cultura que resulte dominante. Pero aquí cabe una segunda precisión. La realidad de las cosas es que la adopción de formas culturales ajenas es siempre periférica. Ni la ropa, ni las modas indumentarias, ni los grandes Malls, ni las preferencias cinematográficas, televisivas, musicales o gastronómicas, ni el dominio del inglés, nos harán norteamericanos ni europeos. Las culturas son como esos frutos

muy pulposos, blandos por fuera, pero que tienen grandes semillas de corteza muy dura que se emplazan en su centro.

En las culturas los revestimientos exteriores, sus modificaciones, sus cambios y transformaciones sólo hacen que cambie su apariencia, pero la semilla de ellas, que se reproduce en las generaciones siguientes, queda intacta y vuelve a aparecer cuando en los individuos que se integran en un grupo cultural determinado comienza, generalmente, la madurez. Entonces se vuelven los ojos a las producciones culturales tradicionales de las culturas en que hemos nacido y se les encuentra gusto, interés y hasta belleza; de esta forma se reproducen las culturas y se refuerzan las identidades culturales. Si no fuera así, para la enorme mayoría de los individuos que conforman los pueblos y sus segmentos que pasan por esos procesos no podríamos explicarnos por qué los argentinos, los colombianos, los cubanos o los mexicanos de las nuevas generaciones seguimos reproduciendo nuestros acentos, actuando de manera casi idéntica a como actuaron nuestros ancestros inmediatos y aun los de las generaciones anteriores; esto es, de otra manera no podríamos explicar por qué seguimos constituyendo nacionalidades y culturas diferenciadas.

Luego, el debate entre: penetración cultural extranjera versus resistencia de la cultura nacional es extremadamente discontinuo en tanto que en ninguna nación existe una sola cultura nacional, sino una multiplicidad de formas culturales, sometidas a la hegemonía de alguna forma más elaborada y más atrayente o impuesta con métodos más efectivos, aunque pueda no gustarnos. Se trata, entonces, de un falso debate, en tanto que lo que es más real, es el debate y las luchas entre las culturas de las élites sociales en contra de las formas culturales populares.

Pero aquí tendría que agregar una tercera precisión: No todas las prácticas culturales realizadas de manera colectiva por los grupos sociales de una nación constituyen un cultura popular. Cuando más, representan las formas de acción en el mundo de grupos humanos determinados, que en infinidad de casos están impregnadas no de intenciones populares, sino de intenciones comerciales. Pero no se puede exagerar y actuar a la inversa, pensando que todo lo que viene de fuera de ellas es reprobable y debe ser evitado. En el límite, habría que decir que las culturas populares tampoco están exentas de influencias directas o indirectas de las prácticas culturales ajenas, ya sean co-nacionales o extranjeras, sino que simplemente tienen menos información so-

bre ellas. Muchos campesinos mexicanos con poca instrucción que acostumbran quemar cohetes de pólvora en sus fiestas tradicionales creen a pies juntillas que la pólvora es un invento de sus ancestros aldeanos. Los habitantes del norte de México, que acostumbran a ejecutar y a bailar el ritmo musical llamado polka, están plenamente convencidos de que la melodía conocida como *El Barrilito* es de autoría regional, mientras que los intérpretes populares del género musical conocido como décimas, de Colombia, Cuba y México, atribuyen, cada uno, a sus ancestros la originalidad de las composiciones respectivas.

Como quiera que sea, las culturas realmente populares son aquellas marcadas por la tradicionalidad, aunque no sean necesariamente rurales o necesariamente aldeanas. Ahí donde se manifiestan acciones y hechos culturales que se repiten con convicción entre quienes las practican de que deben realizarse con apego a las formas en como las aprendieron, aunque no sepan explicarlas, nos encontramos frente a una cultura tradicional con matiz popular, pero tradicionalidad no equivale necesariamente a aislamiento ni a resistencia contra los cambios. En nuestros países los grupos humanos aislados son cada vez menos y nuestras ciudades cumplen un papel fundamental en los procesos de cambios culturales.

George M. Foster en su trabajo clásico sobre las culturas tradicionales y los cambios técnicos recuerda que:

...La mayor parte de los cambios sociales y económicos se inician en las clases superiores y luego descienden a las inferiores, tradicionalmente desorganizadas, para extenderse después al campo....[pero] en situaciones de contacto, donde la gente puede elegir entre numerosas alternativas, la tradición y la costumbre no proporcionan la solución a todos los problemas...[a veces] Se observa un ímpetu entusiasta por adquirir a toda prisa la cultura extranjera, y las minorías selectas locales manifiestan un deseo de parecerse al extranjero que los domina económicamente. A esto sigue un periodo de desengaño. Pronto se ve claramente que los miembros de las sociedades más simples no pueden ponerse del todo a la par con la sociedad de grupos más complejos...El grupo dominado comprende que corre peligro su propia cultura y que no tienen con qué sustituirla; de donde empieza a experimentar sentimientos de inseguridad...la reacción más

común entre los pueblos tribales es el recrudescimiento nacionalista de su indigenismo...y el intento de volver a restaurar los valores básicos de otros tiempos...(Foster,1974:48)

Por ello, la inclinación a adoptar algunos rasgos de las culturas dominantes es siempre temporal y parcial. Puede durar muchas décadas, pero será siempre sustituible, como lo demuestran las historias de nuestros países, y la raíz de nuestras culturas vernáculas volverá a aparecer periódicamente.

Por todo lo anterior me parece que conviene que *apostemos* a las culturas de tipo popular. A final de cuentas, con transformaciones a veces muy significativas y otras con modificaciones casi imperceptibles, son las que realmente subsisten y dan forma a los pueblos del mundo. Son ellas las que dan los sellos distintivos a los individuos que nos integramos en los grupos regionales, nacionales o incluso continentales y que sin embargo conocemos sólo de manera tangencial porque en los medios universitarios e intelectuales seguimos, la mayoría de las veces, muy de cerca las formas de pensamiento occidental, vale decir: preferentemente norteamericanas y de Europa occidental.

Vale la pena que les dediquemos tiempo para investigarlas, para recuperarlas y para desarrollarlas. En realidad las culturas “refinadas” encuentran sus raíces en las culturas de tipo popular. En la música calificada de *clásica* muchos autores han retomado las expresiones populares para crear las obras que les han dado fama. En mi país José Pablo Moncayo y Silvestre Revueltas alcanzaron celebridad mundial retomando la música campirana y desarrollándola a niveles más altos. El Hupango de Moncayo y los Sones del Mariachi de Revueltas son obras que se interpretan constantemente en las salas de música “seria”. Juan Vicente Torrealba creo a partir del mismo procedimiento su Concierto en la Llanura que lo proyectó igualmente de manera internacional. Heitor Villalobos realizó algo semejante con sus Baquianas y esto no es chauvinismo latinoamericanista. Si recordamos el caso de los músicos clásicos europeos, veremos los mismos fenómenos. Giuseppe Verdi recuperó las tarantelas de los campesinos italianos para incluirlas en sus obras musicales; Brahms actuó igual con los bailes populares de la Europa oriental y Lizt hizo otro tanto con las mazurcas. Bedrich Smetana en su ciclo *Mi Patria* recuperó también las construcciones musicales rumanas de origen popular.

No se trata tampoco de exaltar ni el ultranacionalismo ni el patriotismo, sino de aprender a dominar un acontecimiento histórico y obtener partido de él no para la autocomplacencia, sino para aportar a la formación de una cultura universal y universalista, pues como recuerda Foster:

...Los símbolos del nacionalismo que reaparecen de cuando en cuando lo mismo en la América Latina que en África, en la India y en sureste de Asia son extraordinariamente semejantes...hábitos alimenticios, celebraciones...interés por la arqueología (porque pone de manifiesto más eficazmente que ningún otro sistema las grandezas pasadas), el folklore (restaurando la música, las danzas y las artes populares)...son importantes porque el orgullo de la propia cultura y la creencia de que la misma puede progresar son esenciales para desarrollar estados fuertes. Pero el simbolismo excesivo de formas nacionalistas puede obstaculizar también el desarrollo...(Id:48)

Para el caso de la creación literaria –y con ello me acerco al final de estas líneas, agradeciendo desde luego la atención que se me ha dispensado- sólo recordaré a tres autores que recuperaron los rasgos de las culturas tradicionales de sus países: Juan Rulfo, Nicolás Guillén y Rómulo Gallegos. Académicos, intelectuales y universitarios tenemos pues un compromiso con esas expresiones culturales que fundan nuestros seres en el campo de la cultura, que dan forma a nuestros pueblos, que nos permiten identificarnos y al mismo diferenciarnos de otros pueblos del mundo, pero que también contribuyen a la diversidad y a la riqueza del género humano.

Bibliografía:

COÑA, Lonco Pascual (1995): **Testimonio de un cacique mapuche**. Pehuén, 5ª. Ed., Santiago de Chile.

ISRAEL, Jonathan I. (1980): **Razas, clases sociales y vida política en el México Colonial. 1610-1670**. F.C.E., México.

FERNÁNDEZ, José Joaquín (1961): **El Periquillo Sarniento**. Porrúa, 1ª. Edición en Colección “Sepan Cuantos...”, México.

FOSTER, G. M. (1974): **Las culturas tradicionales y los cambios técnicos**. F.C.E. Segunda reimpresión de la primera edición en español, México.

Vasconcelos, José (1982): **La raza cósmica**. Espasa Calpe Mexicana, 7ª. Ed., Colección Austral, México.